

ve su efigie grabada en metal, en el gabinete de medallas de la biblioteca de Roma.

ALFREDO DE LAFFITTE.

RECOGIDO EN "De esto

de aquello" tomo II



NERON TIPLE

Ó EL

CALVARIO DE UN INGLÉS.

El pobre primo había pasado una noche horrorosa; se encontraba mal, muy mal, no tenía con qué responder á ciertas cuentecillas; es decir, comotener, sí tenía; pero repartido entre deudores.

El pobre cordero se armó de valor, se encasquetó el sombrero, soltó un terno y salió á por lo suyo.

Iba componiendo la tremenda filípica que endilgaría á cada deudor, cuando vió á lo léjos á uno de los más mansos. Lo mismo que el viento al humo, esta vision disipó sus ímpetus, hizo latir su corazón, le puso rojo y le desvió por una calleja murmurando: "Pero, señor, ¿por qué soy así?"

Entonces se acordó de sus hijos y de su esposa venerable, de sus ménos cien duros derramados, y lleno de valor subió á casa de otro de sus deudores. Subía despacito, contando las escaleras, en cada tramo las palpitaciones le obligaban á descansar, miró tres ó cuatro veces al reloj, llegó á la puerta, oyó pasos hácia dentro, y sin llamar, pálido, bajó la escalera más que de prisa.

Iba midiendo el santo suelo, y diciéndose:—"Nada, está visto, yo soy así;" cuando le heló una voz que decía á sus espaldas: "¡Ola, José!"

El más manso de sus deudores le alargaba la mano vacía, que José estrechó enternecido de vergüenza. Hablaron de mil cosas indiferentes, de la plenitud de los tiem-

pos y de la proximidad del cataclismo, habló el manso de aquella dichosa letra, que siempre que él topaba á José, estaba ella por llegar, preguntó al primo si por casualidad llevaba cinco duros, contestó éste que por providencia no los tenía á mano, se la alargó el otro vacía y le despidió diciéndole: “De lo otro no me olvido.”

—¡Que no se olvida! ¡Habrase vistol...

Entonces pasaba José junto al café en que tomaba su tacita en los tiempos dichosos en que disponía de una pesetilla propia, ganada con su sudor. Allí, allí lo solía tomar con sus amigos. “¿Si estará alguno?” se dijo, y entró. Allí estaba Ricardo tan orondo, tomando su café con copa.

—Con mi dinero, murmuró José; me privo yo de to, marlo para que él le tome, ¡habrase vistol... nada, nada- yo soy así.

Se acercó á Ricardo, y éste con mil zalamas exclamó:

—Dichosos ojos... ¡cualquiera te ve! Anda, hombre, toma algo, yo te convido, ¿qué tomas?

—Oh, gracias, nada, gracias, muchas gracias... no acostumbro... ya sabes que no...

—Anda —Nada, hombre, toma...

—No, no, gracias...

Le daba pena que Ricardo le gastara el dinero; por él, ¡oh, no! Y el pobre, encogido, avergonzado, miraba á la taza de Ricardo por no topar con la inquisidora mirada del mozo.

Al rato de charla pretextando un asuntito se levantó, y ya iba á salir cuando Ricardo le dijo:

—Tenemos pendiente aquello... no lo olvido, un día de estos pasaré por tu casa.

Ya no podía más; corrió á casa, y al entrar en ella, corrieron á él sus hijos pidiéndole los prometidos juguetes.

—Otro día, queridos, otro día, hoy estoy malo, otro día, cuando Ricardo ó Eustaquio pasen por aquí...

—¿Te duele algo, papaito?

La venerable esposa le trajo la cuenta del sastre. José la tomó, se encerró en su cuarto, se sentó, y mirando á la cuenta, lloró por dentro.

“Soy un inglés, un héroe desconocido; ¡pero qué buen amigo soy! Pasará por casa, dice que pasará por casa... pero qué chirigotero es... En el número próximo de “El Mundo Cómico” no dejará de hacer/chiste á cuenta de mí. Los maridos buenos, las suegras, los ingleses y los maestros de escuela divertimos al mundo como los perros á los chiquillos. ¡Tírale, tírale del rabo, verás, verás cómo chilla! ¡no tengas miedo, anda! que no muerde, ni siquiera ladra.

“Pero el muy chirigotero con qué gracia me dice: ¡qué bueno eres, José! mientras así, como por caricia, me da un golpecito en el bolsillo á ver si suena.

“Neron, Neron es mi ideal; ¡qué hombre! Satanás, Lucifer, Mefistófeles, todos quedan chiquitos á su lado ¡oh Neron! Solo se le olvidó meter á un deudor en una garrafa, y hacer de él carámbano. Y aún le parecía á Dickens sensible la prision por deudas de Lóndres!

“Neron, ¡oh Neron! era el destilado exquisito, la quinta esencia de una familia de mónstruos, génios de audacia, de astucia, de crueldad, de glotonería, de barbarie, hasta de imbecilidad. ¡Neron! ¡qué artista perdió el mundo! Y ¡cómo unía á la concepción ardorosa y vasta de la crueldad, la frialdad serena de su ejecucion! ¡qué consorcio entre la forma y el fondo!

“Pero yo... yo? Yo me consumo en imaginar atrocidades y no sé hacer más que caricias humildes. Pero soy bueno, muy bueno, y Neron era malo, muy malo. Era grande en la maldad y ¿no hay acaso grandeza en mi mansedumbre?

“Todos celebran al leon, hasta al tigre, y se burlan de la liebre. Dios, el mismo Dios que dió garras y pico al águila, dió alas veloces á la golondrina; El que dió uñas al tigre, dió patas á la liebre, tinta al jibion, pequeñez al mosquito, aguijon á la abeja, veneno á la víbora, manse-

algún

dumbre al cordero y al inglés. Ya quisiera yo haberle visto á Neron sin dinero, con mujer y chiquillos y de inglés; ya quisiera haberle visto... hubiera reventado, de fijo. Y yo me estoy aquí, en medio de todo sereno, confiado como las avecillas del cielo y los lirios del campo.

“Mientras yo me he oído por dentro, me he creído un tigre dormido... ¡ay, si despierto! decía yo. Desperté, grité, mi voz chocó y volvió el eco, me oí desde fuera, ¡qué vocecita! ¡vaya un tiplon! Es en lo único en que me parezco á Neron, en la voz de tiple.

“Y ahora, ¿qué hago con esta cuenta del sastre y con mis ménos cien duros? ¡Dios mío, Dios mío! Solo falta para que apure el cáliz que me persigan ingleses, á mí, inglés modelo; ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me abandonas?

“Vamos á cuentas, José, admirador de Neron, ¿qué acto de energía has cumplido? Nada, nada más que un día en que estabas mal humorado contestar con voz ronca y breve á un mendigo que te pedia por amor de Dios, contestarle; ¡Adaptarse! El tradujo la palabra á su modo, la tradujo bien, y me llenó de insultos, tuve que huir! Tenía razon el mendigo, Dios me castiga.

“¡Adaptarse, adaptarse! Ellos son los que se adaptan á mí, como el muérdago á la encina, el liquen al árbol... Si no hubiera parásitos, ¿qué sería del exceso de vida? ¡Oh, mis ménos cien duros!

“Y luego chistecitos al canto. Si yo fuera Neron, á todo el que hiciera drama con adulterio, chiste con suegra, inglés ó marido, cuadro con sangre ó chulos... ¡oh! le hacía limonada.

“Si pudiera fundir conmigo uno de esos hombres bestia que no tienen idea, pero tienen voluntad, lo que me falta... ¡un hombre toro! ¡Quiá! O le corroía yo ó me aplastaba él; podríamos mezclarnos, pero confundirnos jamás.

“Vaya, vaya, no quiero pensar, no hay peor que pensar... venga el último número de “El Mundo Cómico”,

CASA MI

aquel en que he publicado un articulillo cínico y brutal, que asustó á los papás é hizo reir á los que me conocen, aquel en que me exhibí como mónstruo... ¡ay, pobre Nerontiple! En este mismo número mi buen Enrique está felicísimo en un cuento en que figura un inglés...“

—En esto el pobre Hamlet de los primos, cuando entró una criada anunciando á D. Enrique.

—Don Enrique, Enrique... vendrá á pagarme! meterá la mano en el bolsillo... yo no soy un tigre, soy Neron cuando estoy solo y de noche, nada más... le tengo que decir: “¡Oh! no, no hay prisa, Enrique, no corre prisa, por un día más ó menos...”

—Mi buen Enrique sacará entónces la mano del bolsillo y dirá: “Bueno, peñero pagarte mañana...”

—¿Qué le digo, señorito?

—¡Ah, sí! ¡espera! ¡oye!... Sacará la mano del bolsillo... sí, la sacará... me la alargará y dirá: “Pues que no te corre prisa, dame cuatro duros más y serán veinte, y en cuanto cobre una cuentilla te pagaré todo junto...”

—¿Qué le digo, señorito? que está esperando...

—Es verdad, habrá oído mi voz de tiple; ¡pobre Enrique! dile que pase.

La criada se fué. Una lágrima cayó en la cuenta del sastre, y enseguida, desahogada la angustia, una sonrisa serena iluminó el rostro plácido de Neron tiple.

MIGUEL DE UNAMUNO.

En Madrid, 4899.

Entre bobos anda el juego.

Por una equivocacion,
obra de algun zurupeto,
del pueblo de Cimarron
le hicieron alcalde á Cleto;



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SALAES

Hombre de dura mollera
y de pericia tan rara
que no sabía siquiera
por dónde agarrar la vara.

—¡Albricias! dijo al entrar
Cleto en su humilde aposento;
soy alcalde del lugar
desde este mismo momento.

Y me falta á mí la gloria
que Dios me dará algún día
si no dejo aquí memoria
de mi valiente alcaldía.

Nicanora, saca el jarro,
necesito inspiracion;
y ántes de hacer un desgarrro
quiero obrar con precaucion.
¿Que es hora descompasada?
Pues bien, la luz apaguemos;
consultaré con la almohada
y mañana ya veremos.—

En la cama se metió
el buen Cleto diligente
y á discurrir empezó
de la manera siguiente:

—Todos mis antecesores
algo hicieron de provecho
como fieles guardadores
de la ley y del derecho.

El tío Juan de las Pintas,
que fué alcalde de primera,
á su hijo libró de quintas
solo por ser él quien era.

Perico Martin Uñaza,
en union del secretario,
no dejó aquí meter baza
á nadie, ni al boticario.

¡Qué alcalde a quel tan entero!

